

Repristinando a Juan Filloy¹

Por Ariel Magnus²

De vez en cuando, don Juan se sube a una línea de colectivo cualquiera y hace todo el recorrido hasta bajarse en la misma parada en la que subió. Le gusta conocer así las ciudades, lo hacía de joven en los tranvías a caballos y lo practicaría luego con los tranvías de las ciudades que visitó en Europa. La diferencia ahora es que aplica su método al lugar que lo vio nacer, Córdoba. Su hija Monique se asusta cuando desaparece así durante horas, pero es el precio que debe pagar por tenerlo cerca. En Río Cuarto, donde nació ella y donde su padre vivió la mayor parte de su vida, los recorridos eran a pie. Todos los días que sus obligaciones se lo permitían, Filloy hacía sus paseos por la ciudad o la vera del río, manteniendo lo que él llamaba la “tensión helénica” del paso, con “el eje de cada pie siempre en la misma línea”. También aprovechaba para practicar lo que en su diccionario personal se definía como “respiración yoga”: cinco pasos inspirando aire, cinco conteniéndolo y cinco espirando. Así durante cuarenta o cincuenta cuadras, nunca exactamente las mismas.

Ahora ya no puede caminar tanto. A veces se conforma con bajar a tomar un capuchino o ir hasta el correo. ¿Cómo lo convencieron de dejar su amplia casa de Río Cuarto, esa ciudad que dice no extrañar, pero con la que asegura que sueña todas las noches, para confinarse a un departamento entre los edificios flamantes de Nueva Córdoba? Parecía tan imposible que alguna vez abandonara su ciudad adoptiva que incluso una necrológica redactada anticipadamente por algún periodista de *La Nación* lo hacía terminar sus días ahí mismo: “La mayor parte de la larga vida de Juan Filloy –

¹ Del libro *Un atleta de las letras. Biografía literaria de Juan Filloy*, Eduvim, 2017.

² Ariel Magnus (Buenos Aires, 1975) publicó la novela corta *Doble crimen* por Eduvim (2010) luego de haber vivido un año y medio en Patagonia. Además publicó *Sandra* (2005), *La abuela* (2006, traducida al alemán), *Un chino en bicicleta* (2007, Premio “La otra orilla” y traducida a seis idiomas), *Muñecas* (2008, Premio “Juan de Castellanos”), *Cartas a mi vecina de arriba* (2009), *Ganar es de perdedores* (2010), *El hombre sentado* (2010), *La cuadratura de la redondez* (2011), *La 31*, una novela precaria (2012), *A Luján*, una novela peregrina (2013), *Cazaviejas* (2014) y *Comobray* (2015). Participó en varias antologías y editó una sobre humor en la literatura argentina (*La gracia de leer*, 2011) y otra sobre textos misántropos (*Oda al odio*, 2015). También es el responsable de las ediciones del relato radial de Víctor Hugo Morales *Barrilete cósmico* (2013) y de la novela póstuma de Ezequiel Martínez Estrada *Conspiración en el país de Tata Batata* (2014). Colabora ocasionalmente con diversos medios latinoamericanos y alemanes y trabaja como traductor literario del alemán, inglés y portugués.

decía la anónima despedida que aún se conserva en el archivo del diario— transcurrió en Río Cuarto, donde acaba de apagarse, a los --- años”.

Como con casi todo en la vida de este sistemaníaco, también esto parece haber predicho Filloy. En su novela inédita *Zodiaco*, escrita en 1974, se mofa abiertamente de esta costumbre periodística:

Eso es lo que me irrita de tu profesión. Siempre tienen la última palabra. No se equivocan jamás. ¿Te acordás del “Tuerto Vozanta”? Hace veinte años anunció erróneamente en el pasquín que dirigía la muerte de un vecino expectable de Río Cuarto. Al presentarse éste, pidiéndole rectificar la noticia, le dijo: —Sí, cómo no. *Espere. Lo haremos*. En efecto, lo hizo cuando el vecino murió casi dos décadas después, en esta breve “nota social”: *Confirmando nuestra primicia de 1953, acaba de fallecer Don...*

La obligada vuelta a Córdoba respondió a fines prácticos. La escalera de su casa de altos en la calle San Martín 176 se había hecho demasiado empinada para sus rodillas y demasiado grande para su soledad, luego de la muerte de Paulina, su compañera de vida durante medio siglo. Sin familiares en El Imperio, como alguna vez apodaron los capitalinos a los riocuartenses y ahora a los riocuartenses les gusta apodarse a sí mismos, los doscientos y pico de kilómetros que debía recorrer hasta Córdoba para estar con su hija y sus nietos se hacían cada vez más largos. Pero además de estos motivos prácticos, estaban quizá los estéticos. Volver, pasados los noventa años, al lugar del que había partido “por unos meses” antes de cumplir los treinta, tenía algo de composición anular, esa figura narrativa a la que tan afectos eran los griegos.

Precisamente de ese pueblo, “llave de oro con que se abre la cultura de occidente”, se había ocupado el joven abogado en su primera obra editada. Se trata de un cuadernillo de treinta pequeñas páginas que contiene la versión impresa de una conferencia sobre teatro griego que había dado en la Escuela Normal de Río Cuarto en julio de 1925. Lo editó *El Pueblo*, el diario que ya la había dado a conocer en sus páginas mediante una serie de artículos y del que Filloy sería asiduo colaborador *ad honorem* desde su arribo a la ciudad. Arranca en tono elegíaco con una alabanza de los tiempos antiguos:

Amar lo antiguo con la devoción sincera del arte no es aferrarse a los prejuicios de una cultura prístina, sino bruñir el oxidado candil de la civilización presente con el límpido diamante de la juventud del mundo.

Amar lo antiguo retrotrayéndonos a vivir la emoción que otrora embargó los corazones es gozar lo erudito de una gracia primitiva. Y, más que nada, vivir doblemente la existencia, apareando a la actividad ardua y múltiple de hoy el recuerdo dulce y manso de la edad pasada.

Toda una vida más tarde, lo antiguo ha pasado a ser la propia niñez. Y a ella se aboca el escritor casi centenario cuando regresa a su lugar de origen. De manera fragmentaria, en el reverso de todo tipo de papeles y siempre a mano, pese a su

declinante caligrafía, compone su “disertación” autobiográfica *Esto fui (ef)*, que tenía como título alternativo *Mi niñez*, y que publicaría puntualmente para su cumpleaños número cien en 1994.

La infancia es la mejor tajada de la fruta redonda que la vida nos entregó al nacer –dice en el Prefacio, y más adelante agrega– Cuando los años comienzan a rodear el alma, el hombre se siente encerrado en un corral de brumas. Apagada la vista, endurecido el oído, lo único que endulza el paladar senil es el recuerdo de esa tajada.

Planteado como un diálogo interno entre el “hombre provector” y “el niño que conserva en sí” (lo que él llamaba un “monodialogo), el último libro que escribirá Filloy (aunque no el último que publicará) también responde al desafío de retrotraerse a la edad pasada y “vivir doblemente la existencia”, según pregonaba el escritor incipiente en su primer opúsculo. De ahí que las memorias del anciano sean estrictamente “de infancia” y en 250 páginas apenas se asome a su adolescencia o se aleje del sitio en el que nació. No porque planeé varios tomos, mucho menos porque tenga poco para contar. Su participación en la reforma universitaria de 1918, las múltiples instituciones que fundó en Río Cuarto, su expulsión de la justicia por parte del gobierno de Perón y los problemas que le deparó la publicación en 1975 de su novela antimilitarista *Vil & Vil* son cosas de las que ha hablado infinidad de veces con los periodistas. Lo que quiere ahora es remontarse a sus inicios, ir en busca de “la edad de oro” con que se abrió su propia vida.

Para graficar esta tarea de “geólogo de una época inserta en los estratos de la personalidad”, Filloy acude a una de esas palabras que parecen neologismos, porque no están en el diccionario, pero que en realidad existen, sólo que no las conoce ni las usa mucha gente más que él: *repristinar*. El término, que en portugués tomó visos jurídicos (revocar una decisión judicial a su estado prístino), en castellano parece haber quedado más cerca del original italiano (*ripristinare*) y aludir por lo tanto a la restauración de obras arquitectónicas o artísticas. Ambos mundos conviven en el ex presidente de la Cámara de Apelaciones y fundador del Museo de Bellas Artes de Río Cuarto, que ahora se propone sacarse ese lastre para revivir al niño “más travieso que avieso” que fue. *Esto fui*, tal vez la única autobiografía existente que fue redactada por un escritor centenario, es por eso un libro experimental, en el sentido de fragmentario y antilineal, pero también porque constituye una auténtica experiencia literaria, como tantos otros libros de este inmenso autor.

Fundación mítica de Filloy

Las calles del barrio General Paz, en el margen oriental del río Suquía o Primero, destacan aún hoy por su amplitud. Para explicar esta “gloriosa singularidad”, Filloy acude en *Esto Fui* a una anécdota, género histórico “de raigambre clásica” en la que nuestro historiador amateur cifra “un elemento sustancioso para el conocimiento de la

verdad”. La anécdota en cuestión dice que en su visita de 1871 a la Primera Exposición Industrial de la República, Domingo Faustino Sarmiento, por entonces presidente del país, se alojó en casa de Augusto López, dueño de las tierras allende el Río Primero. López le reveló que planeaba fundar allí un pueblo y el prócer –de reconocido parecido físico con Filloy– se hizo conducir al lugar. “Recordando tal vez su residencia en Providence y otras ciudades norteamericanas –anota Filloy, que había recorrido ese país a principio de los cincuenta–, empezó a dar trancadas y trancadas para determinar la anchura de las nuevas calles”. Por esta “viaraza”³ de Sarmiento es que fluye aquí “el aliento de su espíritu”. A este mito fundacional, Filloy le antecede otro, declarando que, “vara más, vara menos”, en este mismo territorio Jerónimo Luis de Cabrera fundó la ciudad de Córdoba. La opinión de los historiadores diverge por “unas cuadras” de esta apreciación, pero eso no afecta su facticidad.⁴ El ex juez, que ya en el prefacio de su libro ha declarado que no le interesa “ninguna precisión que modifique la verdad que retengo”, rechaza ahora la “papelería de curiales y escribanos”, el puro formulismo de las “leyes y reglamentaciones tales y tales”, y proclama su “orgullo localista de pertenecer al solar auténtico” donde se fundó la urbe.

Este doble mito fundacional se repite con su propia ascendencia, también doble. Por un lado, Filloy es la primera generación de los suyos en el país. Por el otro, es el primer letrado de su estirpe, en todos los sentidos del término. En su libro inédito *Ironiké* ironizaría su propia tendencia a la mitificación:

No creo que haya ningún error biocronológico en la línea natural que corresponde a mi hominización. Darwinianamente se avizora el *filloypithecus* en la jungla africana, comiendo hojas (como lo revela mi apellido) y jugando con mis congéneres hace seis millones de años.

La evolución prosigue y, ya con evidencias palmarias, se puede fijar la estampa del *filloy-anthropus* contemplando [en] lontananza desde la cueva primigenia, ya en el continente europeo. ¿Quién puede negar que antecesores míos hayan estado entre quienes decoraron las cavernas de Lascaux y Altamira si en sus adyacencias se sabe acamparon tribus ancestras de mi madre francesa y mi padre español?

³ “Viaraza”, otra de esas palabras que nos recuerda Filloy, no sólo es perfectamente precisa (“acción inconsiderada y repentina”), sino también sutilmente irónica (pues su acepción más moderna es la de “flujo de vientre”, sobre todo de los caballos) y etimológicamente imbatible: aunque de origen incierto, Corominas supone que proviene de “viaraz”, un ave agorera con fama de aturdida, y ésta a su vez de “vía” o “camino”, por ser donde se observa la aparición de esas aves.

⁴ El valle –hoy Villa– Quisquisacate, donde Bischoff y otros historiadores de Córdoba sitúan su fundación, queda en rigor a varios kilómetros al noroeste del barrio General Paz, ascendiendo por el Suquía (BISCHOFF, Pág. 24). En cuanto al plano trazado por Sarmiento en 1874, en realidad ya existía uno de 1870, encargado por Augusto López al agrimensor Eduardo de Saint Remy Urbano (Ibídem, Pág. 84).

Miles y miles de años antes de ser descubierto el Nuevo Mundo ¿quién puede negar que gentes de esos linajes cruzando los puentes continentales se instalaron en la *terra incógnita* que era todavía América? Y que, ambulando en ellas desde Alaska a la Patagonia, gente de prosapia incaica se aposentara entre los comechingones en predios que después fueron de Córdoba. [...]

Según creía Filloy (y su padre), el apellido familiar provenía de las filloas, los panqueques sin leche que se comen en su tierra natal de Galicia. También emparenta la palabra con “fillon”, “que en griego significa hoja y este delicado y ligero pastel lo es, metafóricamente hablando”. En otro de los textos autobiográficos (y autoirónicos) de *Ironiké*, profundiza esta veta griega hasta hacerla llegar a Noé:

Algunas veces hojeo la “Historia de Galicia” escrita por don Benito Vicetto. Es una edición publicada en el Ferrol, que mi padre, su tocayo, comprara allá por 1880.

En esa lectura me asalta siempre la duda acerca del origen griego de mi apellido; pues FILLOY, transcrito en caracteres helénicos, significa “ama tú” en cabal grafía a la segunda persona del imperativo del verbo “fileo”, amar.

En la historia citada, Vicetto me ofrece un gentilicio que proviene nada menos [que] de Brigo, descendiente de Tubal, primer poblador de Galicia y España en su carácter de nieto de Noé. En efecto, rastreando el abrigo o pueblo del “gash de Brigoy o Briyoy”, dio con los escombros de esa antiquísima heredad en la aldea actual de Vijoy, en el castro arcaico de Guisamo. Y decir VIYoy, fonéticamente es decir FILLOY.

Como primera generación en el país, Filloy puede admitir con todo candor que la historia, no ya del barrio ni de la ciudad sino del mismo continente, empieza desde su perspectiva en el mismo lugar que la suya propia: “No reconozco otros descubridores de América que mis padres –dice hacia el final de *Esto Fui*–. Si ellos no hubiesen emigrado, ¿qué podía interesarme a mí este continente?”.

Benito y Dominique

Los Cristóbal Colón personales de Filloy llegaron por separado durante el último tercio del siglo XIX. La primera fue probablemente su madre, Dominique Grange, “pocos años después de la derrota de Francia [contra Prusia] en la guerra del 70”. Había nacido el 3 de mayo⁵ de 1856 en Gourdan, departamento de Alto Garona, al sur de Francia, como hija de Jean Baptiste Grangé, un campesino de 46 años, y Catherine Pornian (rebautizada Prinel por las autoridades locales). “Según ella –según cuenta su hijo–, su nacimiento [...] coincidió con el del primogénito de Napoleón III y Eugenia de Montijo. Por tradición y leyes vigentes, quienes nacían en la misma fecha del Delfín gozaban del privilegio de la enseñanza gratuita en todas las escuelas e institutos de Francia.”.

⁵ La libreta de familia que obtendrían luego de casarse dice en cambio que nació el 3 de enero. Y Filloy, en su dedicatoria, pone que fue el 3 de abril. En una tardía entrevista con *Clarín*, que debe de haber coincidido con el tiempo en que ya estaba escribiendo este libro (enero de 1988), la ubicó en el 16 de marzo, para que al fin coincidiera con la de Napoleón IV.

Más allá de lo dudoso de esa ley aludida por “Doña Dominga”, tampoco su fecha de nacimiento coincide con la de Napoleón Eugène Louis Bonaparte, que tuvo lugar el 16 de marzo de ese mismo año.⁶ Como sea, lo importante es que los padres de Dominique no hicieron uso de esa prerrogativa. Cumpliendo con “el feroz designio del destino”, ella permaneció tan analfabeta como todo su entorno. Filloy apunta que ni siquiera los testigos de su nacimiento sabían escribir, como efectivamente confirma el acta respectiva, que esos testigos se negaron a firmar. Nada de lo cual le impediría a Filloy describir a su madre en términos literarios como una “gascona con todo el esprit natural y la verba de D’Artagnan y Cyrano”.

Tampoco recibió educación formal su padre Benito, nacido un año después que su futura esposa, el 15 de septiembre de 1857, en un poblado que aún hoy resulta difícil ubicar en el mapa: Cortegada, del municipio de Silleda, provincia de Pontevedra (Galicia, España). “El lugar en el que vivía tiene ahora aspecto de casa, pero primitivamente era una especie de cueva”, recordaría Filloy en *El escritor escondido (ee)*, el libro de entrevistas de Mónica Ambort. A este origen gallego se remite siempre Filloy para explicar que su apellido no se pronuncia Fi/oy, como si fuera de origen anglosajón, sino con una doble ele más bien cercana a Fi-ioi (así lo pronuncia él mismo en el documental *Ecce Homo*, aunque en su familia lo pronuncian más cerca de fishoy). Hijo de Juan Filloy y de Benita Tallón, Benito llegó de joven al país y, siendo peón, aprendió a “leer el Martín Fierro en las carretas que llevaban lana desde Azul a Quequén” (*ef*, Pág. 104).

De este segundo mito fundacional, el de ser el primer miembro sarmientinamente educado de su familia, dan cuenta distintos documentos. Por el lado de la madre, una carta de 1917 remitida a Texas, Estados Unidos, a fin de vender unos terrenos que había heredado en Port Arthur, Jefferson, de su hermano John M. Grangé, donde dice explícitamente que, “no sabiendo firmar”, autoriza a otra persona a hacerlo en su nombre. Dos años más tarde, un abogado tejano les pidió el documento en inglés, y para probar que ella realmente no sabía firmar dijo que frente a un escribano se le hiciera “tomar la pluma para marcar con una cruz el lugar indicado”:

su

Dominiquette X Filloy

marca

En cuanto a la alfabetización autodidacta del padre, hay cartas mecanografiadas y firmadas por él que la exponen con toda crudeza. Son de los años treinta y llevan el membrete de “Benito Filloy & Hijos”, el local de “Introducidos de ferretería, comestibles y cereales” que tenía la familia sobre la calle Rivadavia:

⁶ A Filloy le gustaban estas coincidencias. De su cumpleaños recordaba que caía el mismo día en que Suiza festejaba su Día Nacional o *Bundesfeiertag*.

En mipoder la vuestra del 14 por lo que veo que por hoy sigen bien. pues yo es poca la mejoría. creo que me conpondere. pero he que dado moy debil, des pues de las ymyecciones. aun que el Dr. Orgas, me dijo . que a hora yba a recionar. se en tiende poco a poco. yo sigo auserbando, lo que el me ha ordenado. des pues beremos pues nome viene el apitito...

La escasez

Benito y Dominga se conocieron en Tandil. Él había puesto un “bolichito” cerca de la piedra movediza y había pasado luego a hacerse comisionista, llevando y trayendo encargos por tren. Ella, a la sazón una lavandera (antes había sido empleada doméstica en Buenos Aires), se había casado de muy joven en San Fernando con Franciso Cremer, un belga al parecer alcohólico que la abandonó hacia 1883 con los tres hijos pequeños que había ido pariendo en distintas localidades de la provincia de Buenos Aires. Entre los documentos familiares que conservó Filloy se encuentra el acta de bautismo de otra hija más, Paula Cremer, nacida en diciembre de 1880. Pero como la misma no figura en los papeles del juicio sucesorio tras la muerte de Dominiquette Grangé en 1933, habrá que asumir que falleció de muy pequeña.

En 1888, la nueva pareja tuvo en Tandil un primer hijo conjunto, Manuel, y ese mismo año, con el capital que había juntado el comisionista, se marcharon hacia Córdoba. Según la historia del pueblo General Paz de Efraín Bischoff, cuando llegaron los nuevos habitantes recién se estaba asfaltando con canto rodado el Boulevard Unión (hoy 24 de septiembre). La plaza Alberdi se llamaba Marcos Juárez y no contaba aún con el beneficio de la iluminación a gas. Al año siguiente el alumbrado eléctrico llegaría para un sector, aunque ya se contaba con agua corriente. También estaban construidos el “puente negro” del Ferrocarril Central Córdoba (luego Belgrano) y el puente Sarmiento, por donde corría el tranvía (tracción a sangre) uniendo al pueblo con la ciudad a la altura del Boulevard. A ese medio de transporte se haría adicto Filloy de chico, como cuenta por boca de uno de sus personajes en “Bernice Popham” del libro *Mujeres* (1991):

Dentro de mis recuerdos de adolescencia figuran entre los más gratos las vueltas redondas que hacíamos mis hermanas y yo en los tranvías a caballo de don Belindo Martínez. Pasaban frente a casa. Y mamá, recomendándonos al mayoral, ubicaba en un banco a las tres y pagaba el boleto. El trayecto, hasta la plaza Colón, duraba una hora y pico. De regreso, con la emoción de haber desfilado de Este a Oeste por la ciudad, ¡qué hermoso bajar en los brazos de mamá!

De casas bajas y muchos terrenos baldíos aún, el barrio contaba ya con su convento (el de las Hermanas Esclavas), una comisaría (la sexta) y los galpones del ferrocarril, aunque faltaban unos años para que se construyera el puente que conectaría con San Vicente hacia el otro lado.

Los Filloy se instalaron primero en la Fonda Alemana, que trocaron en despacho de bebidas, para luego trasladarse una cuadra más al sur y fundar el almacén “La Abundancia” en la esquina de la calle 2 y 7 (Ovidio Lagos y Catamarca). Su hijo Juan

nació en el primer lugar, el 1 de agosto de 1894, y fue bautizado el 9 de diciembre en la Parroquia del Pilar como Juan del Corazón de Jesús. Antes había llegado Benito (1891) y luego lo haría Cándida Rosa (1896).⁷

La verdadera casa de Juan fue el segundo edificio, que le alquilaban al Convento de la Merced. Era un local de tres habitaciones, que se iban subdividiendo de acuerdo a los hijos que llegaban o se iban, o que se subalquilaban en las épocas de estrechez económica. Más tarde, los Filloy se mudarían a la calle Rivadavia, también combinando la casa y el negocio, y de nuevo alquilando. A la circunstancia de que sus padres “jamás vivieron bajo techo propio” atribuye Filloy los complejos de infancia que le impedían ir de visita a casas ajenas, y que aún de grande lo impulsarían a “no entrar ni interferir en el mundo de otros”.

Esto no significa que no hayan tenido otras propiedades a su nombre, según se desprende de los respectivos juicios sucesorios. Además de un campo de diez hectáreas en Nueva Eloísa, Departamento de Colón, y un inmueble sobre la estación Guiñazú del Ferrocarril, al norte de la ciudad, los hijos heredaron luego una casa de veraneo en Mendiolaza, que más tarde quedaría en manos de Filloy, junto con unos cincuenta terrenos de poco valor.

Aunque tuvo un comienzo de infancia bastante pacífico, el primer recuerdo que guarda Filloy es de guerra. “Memoro a mi padre exaltado loando el patriotismo del almirante Cervera, comandante de la flota hundida por los yankees, en julio de 1898 frente a Cuba”. Curiosamente, el primer recuerdo que guarda de él su hija Monique –y que coincide con su primer recuerdo en absoluto– también corresponde a una guerra lejana y cercana a un tiempo. “Estaba jugando en uno de los patios que tenía nuestra casa de Río Cuarto cuando lo veo venir con una botella de champagne en la mano. Hay que festejar, dijo, acaban de liberar París”.

La pintura que traza Filloy de su infancia a fines del siglo XIX y comienzos del xx es casi campestre de tan suburbana. Veranos descalzos con interminables baños en el Suquía (previos a la invención y puesta de moda de la malla de baño) e inviernos de poco aseo, con agua helada y siempre al aire libre (“recuerdo el deslumbramiento que me produjo la lluvia artificial de mi primer ducha”). A las heridas de juego se las curaba con un “salutífero manojito de telas de araña” sacadas del sótano, mientras que con las paspaduras el santo remedio era orinárselas. “Un barrio arcádico, en el cual se vendía a domicilio, al pie de la vaca, leche que tres horas antes era agua y pasto todavía”, y el pescado venía colgado de una pértiga al hombro de los vendedores ambulantes. Infancia de tomar los huevos recién puestos del nido de las gallinas, de limpiar en patas el

⁷ Como sus padres no estaban casados –al no existir el divorcio, Dominga tuvo que esperar a que muriera su marido, en 1910, para casarse como viuda en segundas nupcias con Benito, cosa que hicieron en 1912– en lugar de partida de nacimiento hay de Cándida una declaración de su padre Benito diciendo que es soltero y que en su domicilio nació “una criatura del sexo femenino [...] hija natural de él y de madre no conocida”, según la absurda fórmula con que se intentaba salvar el buen nombre de la madre.

estiércol de los caballos y de sacarse solito los piojos con el peine fino. Infancia de retretes sin “water closet”, con olores demasiado rancios para su olfato sutil, con camisas cosidas por su madre a partir de los retazos de un globo aeroestático que no logró despegar del suelo y con almohadones hechos con las plumas de las aves que cazaba su padre. Una infancia de pavores nocturnos alimentados por la visión de un asesino huyendo con su cuchillo en la mano, de colarse en las óperas y de robarse revistas en los kioscos (la anécdota está ficcionalizada en “Justicia Pragmática”, del libro *Gentuza*). Una infancia despojada de juguetes y en la que no se festejaban los cumpleaños, lo cual ya era una forma de estar fuera del tiempo. Una infancia de tratar de usted a los padres y limitar al mínimo el cariño físico.

En suma, “una infancia cruda, animadamente animal”, pero por eso mismo “envidiable, paradisíaca”. Sobre todo para un adulto que, ya abuelo, cree que los cuidados y mimos excesivos y la industria del juguete amanceban a los niños. En esta “escuela de estoicismo” educaría Filloy a sus propios hijos, combatiendo así “las demasías y desvergüenzas” que en su opinión vaticinaban “la crisis y supresión de la familia”. A su hijo rara vez pasaría de darle la mano, mientras que su hija tenía prohibido besarlo en público. Ella, que fue la que más sufrió esta doctrina anacrónica, lo explica –y exculpa– con una verdad que a veces queda velada por lo larga que fue su vida: “Era un hombre del siglo diecinueve”.

También el matrimonio de Filloy sería en eso un perfecto remedo del de sus padres, cuyo “único romanticismo” parece haber sido una foto junto a la piedra movediza que decoraba el hogar cordobés. Así como resalta que Don Benito y Doña Dominga ni se tuteaban ni se peleaban ni aún debatían nada (“Papa decretaba, y asunto concluido”), del hogar que formaría luego con Paulina Warshawsky recordaría orgulloso que fue medio siglo absolutamente libre de discusiones y altercados. Su método de convivencia pacífica está descrito en la novela *La potra* (1973) como “la técnica del *Stop!*”: “Ni bien un cónyuge pronunciaba ese vocablo quedaba el conflicto terminado”. Monique confirma esta noticia, salvo por una vez. “Cuando Papá estaba sin trabajo durante el gobierno de Perón, mamá le insistió para que tomara un caso como abogado, porque económicamente no estábamos bien. Pero él no quería y se enojó. Fue la única vez que los oí pelearse en toda la vida”. Como veremos, tuvieron al menos una pelea más, pero para eso falta que primero se conozcan.

En lo que no remedó Filloy a su padre fue en el carácter. Aunque consigna una pelea que tuvo con el hijo de un sastre vecino, siempre se declaró como un hombre sin nervios, “búdico” (y en su casa había efectivamente un Buda). En cambio su padre era un hombre irascible, “arisco como un espinillo criollo”. Según contó en una entrevista, durante su viaje a América se negaba durante las tormentas a bajar a la sentina junto a los otros inmigrantes, por lo que “lo ataban al palo de vela mayor para que no lo arrastrase el agua”. (*ee*, Pág. 143) Que además de indomable era muy irascible puede deducirse de la siguiente anécdota. Durante una siesta, a los hijos se les ocurrió limpiar los vidrios muy sucios del almacén: “Medio adormilado por la siesta, papá notó el

despacho de bebidas con una claridad insólita y, en la convicción de que habíamos roto los vidrios de la ventana, comenzó a sopapear a diestra y siniestra, vociferando ¡cachafaces!” (ef, Pág. 122).

Pero el padre era también un hombre generoso, como lo demuestra la circunstancia de que se hizo cargo de los hijos de su mujer y aun de un ciego de la vecindad, al que le pagó la educación en Buenos Aires y luego apoyó en su oficio de canastero. Igual de desprendido era al parecer con sus clientes. Comentando cierta vez un intento de robo que había sufrido el almacén, uno de los habitués que tenían libreta en La Abundancia supuso que no debía ser gente del barrio. “Porque aquí todos sabemos que la mejor forma de robarle a Don Benito es comprarle de fiado y no pagarle jamás”. Ser fiador no le impedía ser rápido para los negocios, como lo demuestra el hecho de que en la huelga ferroviaria de 1911 hizo un pacto con la empresa y terminó proveyendo tanto a los huelguistas como a los “crumiros”, según el italianismo que exhuma Filloy para hablar de los rompehuelgas.

La generosidad era una de las características que compartía con la madre de sus hijos, de quien Filloy cuenta que curaba los empachos de todos los chicos vecinos y “entregaba sin cargo las mortajas para los difuntos humildes del barrio”. La otra característica que tenían en común ambos padres era el ingenio humorístico, tan presente luego en los textos de su hijo escritor. En Dominga, este humorismo se puede intuir por el nombre que le puso al perro guardián del almacén, “Bismarck”, en vengativa alusión al prusiano que había vencido a su patria en la guerra franco-prusiana. En cuanto a Benito, Filloy cuenta que una vez se lastimó severamente la cabeza luego de caer del caballo y su padre solía aludir a esa anécdota para explicar que “por estos boquetes le entró la inteligencia a Juancito...”. También está la circunstancia de que, por ser un declarado seguidor de Juan Manuel de Rosas, le haya puesto a sus hijos Juan, Manuel y Rosa, aunque conspira contra esta anécdota que Benito no haya respetado el orden de aparición (su primer hijo fue Manuel) y que Rosa sea el segundo nombre de Cándida, nombre que al parecer eligió el propio Filloy. La mejor chanza de Benito fue quizá el nombre que le puso a su almacén. Si bien Filloy asegura que era “el negocio mejor surtido del Pueblo General Paz”, el historiador Bischoff no menciona al establecimiento entre los más conocidos del barrio. La procedencia del nombre es por lo tanto misteriosa, incluso para el propio Filloy: “Sigo ignorando si LA ABUNDANCIA fue un pleonismo o un sarcasmo” (ef, Pág. 59).

Personajes hermanos

Sin ser pobre en el resto de las cosas, en lo que resultó particularmente rica la infancia de Filloy fue en grandes personajes, del tipo que luego poblaría sus novelas. A muchos de ellos los conoció en La Abundancia, que además de almacén tenía su despacho de bebidas, adonde acudían los obreros del ferrocarril y demás inmigrantes de aquel “barrio de lumpen proletariat” (pero también de ingleses). En su “Balance enfático de Río Cuarto” (conferencia de 1966 que luego sería incorporada como un capítulo de *Urumpita*, de 1977), Filloy entona un encomio de los almacenes de la esquina, esos

sucesores de las pulperías que estaban “colmados de atractivos” y que “moldearon conductas y forjaron caracteres”. Despidiéndolos ante el avance de los supermercados, rememora que sobre sus mostradores, y “en papel de estraza”, muchos poetas escribieron sus primeros versos.

La colaboración infantil del futuro poeta, en aquellos tiempos de medidas premétricas como “almud” o “arroba”, consistía en envolver panes de jabón, barrer la vereda y ordenar la mercadería en los estantes. El niño Filloy también hacía de lavacopas (“No las lavábamos, pero cuando venía un cliente con presencia más correcta, entonces sí, las lustrábamos con un repasador”) y de “pichón de barman”, como se nota en sus libros por la atención que le pone a la bebida (sobre todo al VAT 69). En esos menesteres conocería a Madame Bertha, la adivina que se acercaba al almacén para sonsacarle a Dominique, hablando con ella en *patois*, los datos sobre las clientas que luego usaba en sus sesiones de horóscopo. También conocería al letrista Arnaudie, que creó un tipo de letra que Filloy dice nunca haber visto en otra parte, pero que malogró su carrera artística ahogándola “en 27 *suiesses*”; y al también alcohólico Abraham Silverstein, que una vez se tomó medio litro de alcohol puro y, como alguno dudara de esa pureza, “carraspeó con rabia y, escupiendo violentamente un gargajo, con un fósforo le prendió fuego.”

Fuera del almacén y de la familia se amplía la galería de personajes, incluyendo a los fotógrafos y médicos del barrio, el fileteador, el evangelista y “Doña María la Meona”. Apenas al pasar, aunque luego lo colocaría entre sus poetas preferidos, Filloy menciona que también Leopoldo Lugones “vivió temporariamente en su seno”.

Entre los personajes de su niñez también se cuentan los hermanos y medio hermanos de Filloy, sobre todo Pablo Cremer. Una anécdota que lo tiene de protagonista migró de manera literal a su cuento “As de espadas”, del libro *Los Ochoa* (1972; reimpresso en *Cuentos de Provincia*, de 1974). Ocurrió cuando Benito lo puso al frente de la sucursal de La Abundancia que abrió más tarde en la esquina del Boulevard Unión y la calle 10, hoy Pringles y 24 de septiembre (sucursal que a su vez aparece en el ya mencionado relato “Bernice Popham”). Filloy era el encargado de llevarle la vianda los mediodías, y así fue testigo de una de las bromas pesadas de Pablo. Ocurrió durante un partido de truco contra un jugador (hermano del célebre maestro marmolero Emilio Bernasconi) que tenía por costumbre mordisquear los porotos del conteo. Cierta mano, Pablo se los reemplazó por garrapatas. “La explosión de asco que tuvo al morder la garrapata permanece en mi memoria como una escena cumbre en el clímax de la sensibilidad”, dice Filloy en *Esto Fui*, y tal es así que la escena vuelve a ser referida extensamente en el cuento siguiente del mismo libro. En este relato –cuya inmejorable descripción de una partida de truco bastaría, si alguna vez desapareciera el juego, para reconstruirlo de cero–, aparece no sólo el medio hermano con nombre y apellido, sino también un “jurista riocuartense”. Filloy lo

menciona ahora “para virtualizar”⁸ cómo el escritor utiliza los datos de la realidad para compaginar creaciones”, una definición de la literatura que en el cuento se traslada al propio juego del truco, ese “sistema perfecto en el cual lo verosímil y la mendacidad conviven campantemente”.

Pero la verdadera broma del cuento es interna. En la ficción, el encargado de perpetrar la maldad es el primer personaje de la saga, precisamente llamado Primo Ochoa, mientras que Pablo Cremer aparece en el rol de un respetable representante de una exportadora de cueros. En la realidad, era el más vago y díscolo de sus hermanastros. Compadrito, trasnochador, Filloy lo coloca con cariño fraternal en la nómina de los “guapos del novecientos” y cuenta que su madre “arrojó muchas dagas suyas a la letrina”. Un cuñado le consiguió luego un puesto de pasaleña en el ferrocarril, pero tampoco le duró mucho. Por una carta privada sabemos sin embargo que en 1905 Pablo se alejó del hogar materno “a formarse como se ha formado, con el trabajo, por el sacrificio”. Este buen recuerdo duró hasta el final, pese a su deceso temprano y trágico, como da testimonio el siguiente texto de *Ironiké*:

Pablo Cremer, mi hermanastro, fue el hombre festivo de mi familia. Hablar con él era un regocijo. Tenía una inflexión jocunda aun para tratar temas arduos y aciagos. Su chispa era una luz saltarina que alumbraba por doquiera. Bebía, sí; pero nadie lo vio borracho.

Si algún daño le producía el alcohol –bendito daño– sólo el médico que lo operó lo supo. Varias ocasiones conviví con él en Buenos Aires. Poseía un “taller de plegados y festones” en un cuchitril situado frente a la salida del subte en Primera Junta. Oculto tras un lienzo que hacía de biombo, era un deleite escucharlo conversar con su clientela femenina. Gran psicólogo, sabía que la mujer odia al respeto que [se] le tiene. Así, en sus tratos se desbocaba con un presunto cordobesismo erizado de palabrotas. Pero, la clientela accedía gozando de su desparpajo.

Como he dicho, Pablo bebía; pero nadie lo vio nunca borracho. Empezaba con grapa, caña o ginebra para “hacer la mañana”. Luego al tomar el café lo acompañaba, no con gotas, con chorros de cognac. Ya cerca del mediodía dos o tres aperitales era un ritual sagrado antes de almorzar. Ya comiendo, su botella de vino infaltable al final tenía el complemento del café y benedictine.

Tras una siesta, si en verano su botella de cerveza, si en invierno sus repetidos ponches rusos. Adoraba a todos los santos de la Santa Botella. Ni bien cerraba el negocio al atardecer, el bar de la esquina lo esperaba con su variedad de cocktails y

⁸ La palabra “virtualizar” es otro de esos filloysmos -aunque no infrecuente en general a principio de siglo- que no resuelve el diccionario. Con reminiscencias jurídicas, aunque más bien rescatando su sentido etimológico de “viril” por intermedio de “virtud”, Filloy lo usa profusamente como “demostrar” o “poner en evidencia”, es decir en el sentido contrario al que le damos desde que vivimos en un mundo “virtualizado” por Internet. La paradoja llega a su paroxismo en un pasaje de *Decio 8A* en el que habla de “virtualizar la realidad del ensueño” (Pág. 22).

aperitivos. Y, tras la cena, copiosa de blanco y tinto, la sobremesa saturada de cointreau, kirch, marrasquino, etc, conducía a los whiskies finales antes de acostarse.

Esa tournée cotidiana decoró los últimos años de su vida. Murió a los 55 años, sin que nadie lo viera borracho. Ni el médico que lo despachó al seco más allá con su credencial de cirrosis

De su hermanastro Luis, el mayor, recuerda que durante una crecida del río preparó un muñeco de paja que arrojó del puente del ferrocarril, mientras que Filloy, ubicado en el puente peatonal, les gritaba a los transeúntes señalando al ahogado. Aunque el “éxito de horror” fue innegable, a Filloy le quedaría “de esa farsa macabra un regusto de oprobio”. Por cartas privadas sabemos que este medio hermano, “después de purgar un pecado de juventud, se fue a Buenos Aires”, donde llegó a ser “por mérito propio un ejemplo de probidad y carácter”. Luis murió en 1926, dejando dos esposas y seis hijos, algunos de los cuales quedaron bajo la tutela de Filloy.

Párrafos aparte de *Esto Fui* les dedica Filloy a sus hermanos carnales Manuel y Benito, que eran los que más trabajaban en “La Abundancia” y quienes luego continuaron exitosamente el negocio del padre. Ellos se habían encargado también de montar y administrar “el bar-cine-billares” El Imperial, en la esquina de Juan Rodríguez y Entre Ríos del barrio de San Vicente, y un cinematógrafo en el propio Pueblo General Paz (a Filloy le tocaba llevar los rollos de película desde el centro). Antes de eso, Manuel había introducido la novedad de la linterna mágica en el almacén, que antes aún había poseído un fonógrafo que pasaba óperas (siempre las mismas). Ambos se casarían (Benito con una francesa) y tendrían cada uno cinco hijos.

Nada dice en cambio Filloy en *Esto Fui* de su hermana Cándida, que se casó en Montevideo en 1933 con Ernesto Gallipolli, un sastre divorciado, de quien tuvo un hijo; a juzgar por una tarjeta perdida entre sus papeles, durante un tiempo se dedicó a confeccionar tejidos de punto. Al igual que Filloy, moriría a muy avanzada edad.

El Normal y el Monse

Filloy no sólo es la primera generación de su familia que fue a una escuela, sino el único que también la terminó. Sus hermanos Manuel y Benito se limitaron a superar unos pocos grados de la primaria, como lo demuestra la ortografía de sus cartas, y a completar los cuadernos de caligrafía de Garnier y Appleton que les daba su padre, para quien la “buena letra” era lo más importante en el comercio.

Filloy asistió a partir de 1901 siempre a la misma Escuela Normal de Varones, pero cuya sede se fue desplazando desde “la calle Alvear entre Lima y 24 de septiembre

(donde ahora está la sinagoga), pasando por Santa Rosa al 300 (donde estuvo el Sanatorio Mirizzi) hasta llegar a Colón (media cuadra antes de su edificio actual)” (ef, Pág. 159). En efecto, cuando Juan egresó, aún no se había terminado el edificio de la Escuela General Francisco Ortiz de Ocampo, de la calle Salta 250. Por eso no parecen haber quedado registros de su paso por la escuela, salvo una fotografía de primer grado en la que destaca por ser el único alumno que sonríe.

Muchas razones para sonreír no tenía, según sus recuerdos. De sus maestros, son mayoría los que quedaron en su memoria por su carácter gruñón o su falta de fervor pedagógico. Aunque no sufrió castigos físicos, la enseñanza en la Escuela Normal, esa institución laica instaurada por Sarmiento a mediados del siglo XIX, obedecía según Filloy a parámetros arcaicos y programas tercicos que trataban al niño como si ya fuera un adulto. El reclamo contra esa “pedagogía miope, sin amor y sin sonrisa”, por provenir de alguien criado en una casa no precisamente sobreprotectora y jolgoriosa, nos permite intuir el grado de desconsideración y de desidia que debe haber reinado en la escuela, a la vez que ilustra el profundo amor filial que fluía tácitamente dentro de la parquedad y aparente desatención del hogar.

El primer recuerdo que guarda Filloy de la escuela está en su poemario *Usaland* (1973), donde habla de “ese niñito que se cagó en clase y mandó la maestra a lavarlo a casa...” Durante su estadía en esa primera sede de la calle Alvear, participó en defensa de la directora del establecimiento de “la primera huelga escolar que yo sepa”. Ya en la sede de la calle Santa Rosa, conocería a Ricardo J. Robinson, el condiscípulo cuyas composiciones escolares le causaron tanto deslumbramiento que luego cifraría en ellas el primer brote de su vocación literaria. “La chispa de su gracia natural y el encanto de su tonada tucumana me hechizaron tan hondamente que emularlo fue casi una consigna personal”, diría en una entrevista. También se lo confesó por carta al propio Robinson, que le contestó entre orgulloso y perplejo que debía estar confundido “y la pequeña simiente a que aludes, te haya sido arrojada por algún otro, y ahora vos me confieras esta gloria.” En esta carta de 1938 lo trata de “amigo Filuá”, por lo que tal vez fuera este el mote que tenía en el colegio. Sin embargo, una crónica anónima aparecida alrededor de 1933 en *El Pueblo* dice que su sobrenombre se refería a su “belfo caído”, la característica física más particular de su cara y que él mismo resaltaría atribuyéndosela al fiscal de su novela –*¡Estafen!* (1932).

En 1909, Filloy pasó al Colegio Nacional Monserrat, la célebre institución fundada por el Rey de España en 1687, que estuvo a cargo de los jesuitas hasta su expulsión de América casi un siglo más tarde y, tras un tiempo en manos franciscanas, finalmente recayó en las órbitas provinciales y nacionales del Estado. El imponente edificio, ubicado en el corazón del casco histórico y Patrimonio Cultural de la Humanidad por la Unesco desde el año 2000, conserva no sólo la estructura original, sino incluso los bancos de madera en los que estudió Filloy, el toque de campanas para anunciar los recreos y la rigidez indumentaria para sus profesores, de la que también Filloy haría gala toda su vida. En una puerta de lo que en su momento era el gabinete de

Física todavía se puede ver la inscripción que hizo de su nombre al recibirse. Aunque ahora es un colegio mixto, en su época era exclusivamente de varones, y para el momento en que ingresó Filloy hacía sólo algunas décadas que había dejado de ser un internado. Aún contaba con un “cuarto de reclusión” para castigo de los alumnos, pero que ya no estaba en uso.

Poco antes del año de su matriculación, en 1907, se operó un cambio fundamental en la estructura del colegio, que por decreto del Poder Ejecutivo pasó a incorporarse de manera definitiva como un “organismo integrante de la Universidad” (*Monserrat*, Pág. 121). De esta importante institución, Filloy elige recordar que en ella funcionó la primera imprenta de Latinoamérica, pero omite hablar de la larga nómina de celebridades que salieron de sus claustros, entre ellos otra vez su colega Leopoldo Lugones. También recuerda sus comodidades: “Caminaba todos los días 25 cuadras para ir al colegio, pero estaba mejor allí que en casa: tenía buena luz, ventiladores en verano y libros. ¿Qué más podía pedir?”

En primer año tuvo ocho materias, a las que luego se iban sumando otras hasta llegar a doce en el último año; francés aprendió en los primeros tres años, luego fue el turno del inglés y del italiano (latín y griego habían dejado de darse desde hacía unos años con el cambio del plan de estudios). Por las ausencias de Filloy, rara vez de un día completo sino casi siempre de alguna que otra materia, se deduce que el sistema era bastante universitario, permitiéndoles a los alumnos ausentarse por unas horas y volver. Las clases iban de lunes a sábado y el año lectivo empezaba en abril y terminaba a fines de octubre.

El número de banco 26, luego 24 y en el último año 14 (el método de identificación sigue usándose al día de hoy) dio todas las materias de manera regular. En las entrevistas posteriores repetía que no había sido un buen alumno. “Jamás ‘me pelé’ para un 9 o un 10. Sin haber sido nunca aplazado, batía en cada curso records de bajas calificaciones. En tercer año, por pasar con nueve 4 me apodaron ‘cuatrero’”.⁷ Sin embargo, Filloy exagera, en este caso para abajo. Aunque el número limítrofe aparece en los exámenes finales de Física y Filosofía de las actas del colegio (en las que su nombre figura en primer lugar, luego en el 7 y por último en el 14, como si él mismo lo hubiera pedido) y también en varios de sus exámenes orales a lo largo de la cursada (en el analítico de aquel tercer año que presentó para entrar luego a la Universidad no consta más que un 4). Lo que sí se ve en estos documentos de época son varias notas finales de apenas cinco puntos, aunque tampoco tantas como para que su promedio no estuviera por encima de ese número y de la media de la clase: 6,7 en primer año; 7,1 en segundo; 5,7 en tercero; 6,1 en cuarto y 5,8 en quinto. Total: 6,2.

Filloy era parejamente bueno en dibujo, geografía y francés, y parejamente malo en química. Llama la atención su desempeño en “ejercicios físicos”, que empezó con un 10 en primer año y acabó con un 6 en el último, así como sus bajas notas en historia, filosofía y sobre todo castellano: casi todos 5, que sólo suben un poco cuando

pasa a ser “literatura”. La clave parece haber estado en la mala relación con sus profesores, según cuenta él mismo en un texto titulado “Montserratiana” de uno de sus libros inéditos:

No tuve suerte ni gancho con los maestros de castellano y literatura del Colegio Montserrat. Primero, con mi profesor de segundo curso, don Javier Lascano Colodrero. Era un señor provecto, retacón, de perita y jacquet. Se jactaba de haber orientado a Leopoldo Lugones llegando de Villa de María. Duro y sarcástico. En una de sus clases porque yo, siguiendo la prosodia francesa de mamá, dijera “ceremoní” en vez de “ceremonia”, me endilgó el motete de “gringo de morondanga”, y, desde entonces, me gratificó con su tirria secreta...

En la cátedra de literatura de cuarto año, que profesaba el doctor Julio B. Echegaray –a la vez adusto magistrado federal– tampoco gocé de auspicios propicios. En una ocasión en que se estudiaba el epíteto, al recabar ejemplos y proponerle yo “capricho sultánico”, negó su autenticidad reputándome ignorante implícitamente. Bueno, si bien no brillaba por su calidad docente, Echegaray brillaba por su luctuoso indumento, como lo prueba el exacto sobrenombre que tenía: “Carro Fúnebre”...

En cuanto concierne al profesor de quinto año, Luis G. Martínez Villada, hay para más. No sé si gozaba o no gozaba con el sambenito de “San Pedro” atribuido a su acendrado beaterío. En sus clases, la inflexión babosa de su voz emergía de labios apretados. Así, desde un principio, sus lecciones del “Mío Cid” tuvieron jocosas implicancias en el alumnado.

Cierta vez, llegando tarde al aula, se topó con una festiva barahúnda de los muchachos. Alarmado, preguntó por el motivo de semejante holgorio y un estudiante, papel en mano, le extendió el que contenía un poema de seis estrofas escritas en castellano antiguo. Empezaba así:

Por agravio, apresuro a decillo. Non tengades las rixas que facen:

Pues se riden, Maese, de sólo

Macanas que dixen mochachos de atrades.

Y seguía una retahíla de versos traviosos con alusiones al profesor y los condiscípulos. Hosco, tomó el papel. Hosco, lo leyó. Y, hosco, tartajó:

–Esto es una estupidez. No me afecta lo que dice. Quien sea el autor merece cero.

Todos esperaban por el ingenio de esa parodia clásica, si no un estímulo, por lo menos la consideración de una sonrisa. Su exabrupto dejó a todos pasmados. Y la clase de ese día fue adusta y tirante.

Sin embargo, al final, se levantó un alumno ejemplar –Manuel García Faure⁹– y en defensa indirecta, expresó:

–Doctor, permítame señalar que esa sátira, compuesta en el idioma del “Mío Cid”, presenta caracteres dignos de mención; porque sus estrofas están compuestas por versos decasilábicos y dodecasilábicos perfectamente escandidos; y segundo, porque revelando conocimiento de la materia esas cuartetas imitan estrofas famosas de nuestro poeta Almafuerte.

–Yo mantengo lo dicho y basta.

Había terminado la clase y tal incompreensión estiró el belfo de los alumnos mirándose entre sí.

Alguien debió decirle que yo era el autor. Lo cierto es que desde entonces me prodigó un encono de ojos chiquitos y rictus despectivos. Y cierto también que hasta el fin del curso me tuvo aplazado en la materia.

Felizmente, la gauchada de un compinche –Raúl Díaz– me salvó de su tirria al eximirme de su examen. En un descuido de la última clase me puso un 9 en su libreta de clasificaciones...¹⁰

Sólo el orgullo herido conseguía hacerlo estudiar, según se desprende de una anécdota que relata en *Esto Fui*. Oficiando de cadete de La Abundancia, entró a una casa en la que estaba de visita un profesor de geografía del Monserrat que lo tenía marcado entre “el churcal de *maledetti*” que contrastaba con el “*parterre fifi*” de los que se portaban bien.¹¹ De vuelta en el colegio, el profesor descargó su desprecio clasista contra el alumno preguntándole para qué estudiaba. “Seguí repartiendo mercadería en vez de venir aquí...”. La respuesta de Filloy fue sacarse un nueve en el examen oral de fin de año.

La anécdota, más allá de su veracidad (lo máximo que registra en esa materia fue un ocho), pone también en evidencia que, si bien la Escuela Normal marcó el ingreso a un mundo inaudito para su historia familiar, recién en el Monserrat Filloy entraría en contacto verdadero con pares de las clases más acomodadas de Córdoba. Si la Escuela Normal le sirvió para cruzar el Suquía, con el Monserrat empezaba a abandonar para siempre “la indocta ignorancia de un pueblo obrero” (*ef*, Pág. 26).

Del dibujo a la letra

Filloy suplía a veces sus falencias de estudio mediante su habilidad como dibujante, sobre todo en las ciencias así llamadas exactas. En el museo del Colegio aún se conservan los aparatos con que el alemán Adolfo Doering, investigador y profesor en

⁹ El más tarde destacado médico no aparece en las actas entre los compañeros de Filloy, tampoco del otro curso. Sí figura Díaz, aunque con el nombre Roberto.

¹⁰ Filloy aprobó el último examen de ese curso con un siete (de promedio anual le quedó seis).

¹¹ El churcal (zona de churques o espinos) contrasta con el parterre también por el hecho de que esta última palabra se encuentra bendecida por el diccionario. Filloy prefiere identificarse con la desamparada “churque”, que da título a uno de los libros que se indexan como inéditos en la nómina que precede a *Esto Fui*, pero que no se encuentra en su legado.

rigor universitario (hermano de Oscar Doering, uno de los fundadores y primer presidente de la Academia Argentina de Ciencias) daba sus clases de física, de las que Filloy admite haber entendido tan poco como en las de química y matemática.

Pero había un daimon travieso que me salvaba: dibujaba bastante bien. Y Doering, cuando yo pasaba al pizarrón y me demoraba en la transcripción de memoria de máquinas y aparatos del texto, se anticipaba diciendo: “Basta, veo que sabe la lección porque el dibujo es correcto” (*ef*, Pág. 163).

Tal era la habilidad de Filloy, que dibujaba las fórmulas químicas y los teoremas algebraicos a la perfección, aunque sin entender su contenido. Una vez dibujó con tanta exactitud el binomio de Newton que fue aprobado sin más, “imputando a inhibición – vulgo batata– el no poder demostrarlo”. Esta facilidad para el dibujo se plasmaba también en chistes gráficos, que alguna vez le valieron un castigo, pero que a la vez le franquearon la entrada a *La Voz del Interior*, medio periodístico con el que colaboró escribiendo también crónicas deportivas y confeccionando viñetas o “Aleluyas” como las de *Caras y Caretas*. Durante algunos años publicó allí retratos más o menos caricaturizados de diversos personajes, como por ejemplo del aviador Aníbal Brihuega, que en 1914 unió Córdoba y Palomar en avión, o el de Theodor Roosevelt, que visitó la provincia en 1912. Filloy estaba especialmente orgulloso de esta última caricatura, que menciona en muchos reportajes. En su libro inédito *Nefilim*, de los años 50, cuenta que visitó la casa de infancia de Roosevelt en Estados Unidos y salió enojado. “Es un museo que contiene una abundante memorabilia. Pero falta el documento de un adolescente. No encuentro allí una caricatura que yo le hiciera en 1912 cuando visitó Córdoba...”.

En lo que más ejercitó este talento innato –que era en general el de aprender de lo que veía– fue en caricaturizar jugadores de fútbol, donde además podía hacer uso de su sentido del humor. La carta más antigua que conservó Filloy entre sus papeles es precisamente la de un dirigente, Miguel Craviotto Delfin, que sin conocerlo personalmente le escribió en octubre de 1914 para felicitarlo por sus dibujos, instándolo a dedicarle más constancia a un trabajo “que podría contribuir a destacar su personalidad [...] del gran rebaño”. Filloy no siguió este camino, y hasta se arrepentiría de haberlo iniciado:

Cuando adolescente hice caricaturas políticas y deportivas para la prensa. Todavía me arrepiento. Es el arte más difícil. Por más que el impecable Charles Dana Gibson supo estimularme desde la distancia, las diatribas que he endilgado a mi ex-yo por fin han logrado equilibrar el castigo con la falta.

Es el arte más difícil. Requiere de la captación instantánea de la idiosincrasia del sujeto pinchando con la pluma el rasgo fisiognómico preponderante. Intuición, ciencia, *métier*... ¡qué sabía yo de eso! Por más que pasara las horas mirando álbumes de Daumier, Gavarny, Forain... (Carta a Paulina, 22/12/1932)

Filloy no siguió ese camino, pues, pero seguiría dibujando y hasta pintando con acuarela en la intimidad. Sus cartas a la esposa y más tarde a los hijos están llenas de ornamentos, chistes gráficos y simpáticos autorretratos. También sus diarios de viaje incluyen paisajes y mapas acompañando los textos. Ya como miembro del poder judicial, dibujaría retratos de acusados y funcionarios en el revés de las actas durante los juicios mismos. Estos interesantes estudios en tinta, varias decenas dibujadas sobre y entre escritos judiciales y que estaban guardados en una carpeta con título de siete letras (*Mis reos*, luego reemplazado por *Cosa juzgada*), fueron descubiertos muchos años después de su fallecimiento y expuestos en el Museo de Bellas Artes de Río Cuarto, esa institución fundada por Filloy en la que también canalizaría su pasión por las artes plásticas.¹² Su excelente caligrafía, que gracias al buen pulso recién comenzaría a declinar hacia la centuria, también debe ser deudora de este talento, más quizá que de los cuadernos de ejercicios con que su padre le amargaba las siestas. Antes de fascinarse por el contenido de las palabras, que usaría con una variedad léxica y una propiedad filológica notables para nuestra literatura, antes también de dedicarse a viviseccionarlas mediante sus etimologías más o menos creativas, Filloy las consideraba objetos preciosos ya por su forma. De ahí su fascinación por los letristas y fileteadores que recuerda en *Esto Fui*.

En realidad, mi vocación auténtica es el dibujo; la pintura y la caligrafía especialmente –declararía en 1971 para la revista *Siete Días*–. Cuando joven era eximio letrista. Me fascinaban las letras góticas, las francesas, las románicas, la caligrafía inglesa... Admiraba a los renacentistas Luca Pacioli y Aldo Manuzio. En aquel entonces me gané la vida dibujando diplomas y caligrafiando las letras de las acciones. Pero me olí que los plásticos se mueren de hambre y entré a la Facultad de Derecho.

Este gusto por lo que hoy llamaríamos el diseño se plasmó en la confección del monograma con su apellido que luego llegaría a funcionar como ilustración de tapa de varios de sus libros (siete, como corresponde a su fijación pitagórica con ese número). Aunque hoy se lo asocie al Filloy escritor casi como un *ex libris* (de libros de su propia autoría), el característico sello nació en rigor como su insignia de abogado y en un primer boceto incluía la inicial de su nombre. También en sus dibujos jurídicos se pueden apreciar las distintas variantes que fue ensayando como firma artística antes de decidirse por el “*kalograma* compacto, plasmado *more geometricum*, rigurosamente matemático, de palmaria inspiración helénica por la *espiral* cuadrada de su y griega”. La definición figura en una carta de 1984 que Filloy les dirigió a los curadores de EXPOMARCA, lamentándose por no haberse enterado antes de esa exposición para enviarles lo que debe ser uno de los pocos ejemplos de logotipos de un escritor.

Pero Filloy no sería un hombre de letras con todas las letras si a esta inclinación superficial no la hubiese emparentado con un saber más profundo. Por eso no

¹² La muestra itinerante fue exhibida luego en muchos otros lugares de Córdoba y entró al proyecto AVAIA (Archivo virtual de artistas e intelectuales de Argentina) de la Universidad Nacional de Córdoba.

sorprende que haya abrazado la grafología, esa pseudociencia que pretende determinar la personalidad por medio de la letra manuscrita. Las primeras sistematizaciones modernas de esta antigua práctica, que supo tener entre sus adeptos a Leibniz, Goethe y Poe, fueron realizadas en Francia a mediados del siglo XIX, de la mano del abate Michón. Pero el verdadero auge recién le llegó precisamente en las primeras décadas del siglo XX, en este caso a través de la escuela alemana. En 1929, se fundó en Buenos Aires la primera Sociedad Argentina de Grafología, en un acto que tuvo lugar en la Facultad de Medicina, y que contaba entre sus miembros al poeta cordobés Arturo Capdevila, amigo de Filloy. No sorprende entonces que Filloy se haya imbuido de estos conocimientos, que denotan su interés por los caracteres, en la doble acepción del término. La herramienta le permitiría también acercarse a sus interlocutores epistolares aun sin conocerlos, incluida a quien luego sería su esposa. “Tenía una letra fina y angulosa, tipo inglesa que, como decimos los hombres de Derecho, en corpus y animi era cabal”. Entre los pocos papeles que se preocupó por preservar de su actividad jurídica hay un excursus sobre grafología que muestra la importancia que le daba a esta disciplina en su tarea profesional:

[...] La escritura, como representación psico-fisiológica de las ideas, obedece a ritmos y númenes esenciales en el individuo. De tal manera, por más que un sujeto perspicaz pueda trabajosamente desfigurar la fisonomía externa de su letra, su alma díscola a falsías, insobornable a los amaños, aparece cuando menos piensa, donde menos figura, ya en la idéntica manera de una incisión de la pluma, ya en el paralelismo de algunas sílabas, ya en el ángulo prevalente de los grafismos, ya en la morfología igual de ciertas letras, etc. Es lo que aquí acontece. [...]

La escuela de la Calle(ja)

Buena parte de la educación de Filloy tuvo lugar fuera de la escuela. Francés aprendió primero en la casa, escuchando a su madre y luego leyendo libros en ese idioma. En cuanto al inglés, que también tendría luego en el Monserrat, su primer contacto ocurrió en el barrio no por nada conocido como “el de los ingleses”. A propósito de esto Filloy cuenta una anécdota de lo más curiosa en *Esto Fui*:

Cuando papá supo que era inglés y empleado en el ferrocarril le abrió crédito en el acto y le extendió la libreta correspondiente. Ignoraba que estaba casado con una criolla mandona. De haberlo sabido hubiera sido otra su actitud.

Don Santiago Harrison, fuera de los pocos productos de su país adquiridos inicialmente – *whiskies, grappe nuts, quaker oats, pink salmon, golden sirup, curry powder*– no volvió más al negocio. En tanto, su mujer durante tres meses se aprovisionó de artículos de tienda y almacén, sin aparecer a abonarlos mensualmente como era de rigor.

Ya burlada su buena fe, papá se enteró que era gente tramposa, que metía clavos por todas partes. Por eso, con más resquemor que esperanza de cobrar los 158,70 pesos de su deuda, decidió utilizar mi vehemencia en un plan de hostigamiento que había tenido éxito en casos similares. Martes y viernes debía ir a su domicilio y chantarle a quien saliese esta frase:

–Manda a decir mi padre que si no le paga lo que le debe le hará embargar el sueldo del ferrocarril.

Fui numerosas semanas. Al final, Mistress Harrison criollanamente me cerraba la puerta en las narices antes de terminar. Cansado de repetírsela, encomendó al marido:

–Decile a ese mocoso insolente que deje de jorobar. Viene martes y viernes, sin faltar nunca, a cobrar la libreta.

Míster Harrison –67 años, tembleque, cara de pájaro, bigote amarillo de nicotina– era un gentleman sin duda alguna. Al borde de la miseria, también sin duda, su pundonor fue explícito conmigo:

–Escúchame bien, jovencito impetuoso. Yo deseo pagar esa deuda hasta el último centavo. Como tú vienes martes y viernes a cobrarla, esos mismos días te daré clase de inglés a razón de 16 pesos mensuales. De esa manera irás cobrando y aprendiendo a la vez. Así saldaremos el asunto.

Papá al conocer el trato alzó los hombros y dijo:

–Y bueno, perdido por perdido, seguí yendo esos días. Lleva un cuaderno en vez de libreta... Desde febrero a noviembre de 1907 fui su discípulo.

–Che, gringo, ahí está tu alumno –gritaba su mujer al abrirme la puerta.

Duro en la primera semana, en la siguiente Míster Harrison mostraba alborozo recibéndome con esta frase:

–*Oh my fully folly filly Filloy...*

Sí, yo era un potrillo completamente alocado para los bretes de su sistema de enseñanza; el [método del alemán Heinrich G.] Ollendorff entonces vigente. Pintoresco y tonto en grado superlativo, sus preguntas me hacían relinchar. Nulo como profesor, sólo recuerdo de Míster Harrison sus lecturas achacosas y algunos apuntes ridículos. A juzgar por mi ignorancia de su idioma, papá perdió la plata. Pero, para él, el curso fue un alivio de conciencia. Jamás olvidaré la alegría que tuvo al liquidar su deuda con la última lección.

Al despedirme, como siempre con dos golpecitos en la espalda, gimoteaba al pronunciar:

–*Oh, my fully folly filly Filloy.*

La otra circunstancia curiosa referida a la casa paterna que incentivó de carambola su educación literaria fue la pasión de Benito por las subastas públicas. Por estas gangas al por mayor, Filloy tuvo que usar en primer grado unos sombreros de paja que lo hacían blanco de burlas de sus compañeros, así como unos anticuados botines con punteras de

latón. De un remate provino también la linterna mágica que maravilló a principio de siglo a los clientes de “La Abundancia”, pero lo que el padre más traía de los remates eran libros. Entre ellos, el primer diccionario que Filloy tuvo en sus manos, y en el que enseguida buscó las palabras así llamadas malas. Su avidez por conocer cómo se definía allí “*culo, puta, mierda, chanfle, papo*” quedó insatisfecha, lo que tal vez explique por qué nunca tomaría a los diccionarios como verdaderas autoridades.

Filloy intuye en este berretín del padre una premonición misteriosa, incluso una intención. Aunque los volúmenes servían para envolver los panes de jabón, la explicación utilitarista no termina de convencerlo y prefiere la respuesta casi freudiana de un “ansia que se transmite sin compulsión al vástago”. Puesto que luego llegaría a leer todo lo que el padre no pudo, Filloy concluye que “sin mediar ni la pizca de una sugerencia, tácitamente, la sangre satisfizo la consigna de su deseo” (*ef*, Pág. 105). Esta idea de estar cumpliendo con un mandato ancestral aparece también en el libro inédito *Quincalla*, donde se lee bajo el título “El Auriga”:

Nací en 1894, el mismo año en que descubrió en Delphos la estatua de “El auriga” una misión arqueológica de Francia. A lo mejor, yo también estuve sepulto veinticuatro siglos en la escombrera de mis antepasados... A lo mejor también represento una ofrenda simbólica de miles de generaciones... A lo mejor encarno la imagen de un domador de genes piafantes, ducho en la tensión de las riendas, que ha logrado que escarcean de lo lindo en el vasto predio literario... A lo mejor...¹³

Previsto o no por el deseo oculto del padre, entre los lotes de libros cayeron un día centenas de cuentitos de Calleja. Filloy resalta la importancia que tuvieron en su formación las revistas como PBT y *Caras y Caretas* (sobre todo los versos humorísticos de Luis Pardo, con el seudónimo de Luis García), pero el lugar principal lo ocupan los “ínfimos folletos” de la editorial española. Aunque negaba haber leído libros de aventuras, por un comentario al pasar en su libro inédito *Nefilim* sabemos que durante la adolescencia leyó con unción los libros de Robert Louis Stevenson. En *Mujeres* recuerda leer *El nene*, de Andrés Ferreyra. Y en *Literis*, otro inédito, apunta que en el almacén de la familia se vendían “la *Anagnosia* de Marcos Sastre para aprender a leer y la *Vuelta de Martín Fierro* para los que estaban de vuelta del colegio.”

La (primera) biblioteca

El 11 de mayo de 1909 se fundó en una casa de la esquina de las calles 2 y 5 del Pueblo General Paz, frente a la plaza que luego se llamaría Alberdi, la Biblioteca Popular Vélez

¹³ En puridad, como le gustaba decir a Filloy, el descubrimiento del conductor de carros tirados por caballos al que se hace alusión aquí ocurrió en 1896. Sobre el tema de la redención ancestral vuelve en los reportajes: “Mi vocación literaria parece una revancha de los siglos. Una revancha de mis antepasados remotos y cercanos; como si me hubieran ordenado que los vindicara, los compensara del analfabetismo ancestral que venía circulando en nuestra sangre desde tiempos tribales” (*ee*, Pág. 38).

Sarsfield. La institución pública –otra idea de Sarmiento traída de Estados Unidos– fue la primera en su tipo que se creó en la ciudad de Córdoba. Filloy tenía a la sazón 15 años y no demoró en frecuentarla (aunque socio recién se hizo en 1911). En esta inédita “selva de sabiduría” estudiaría para la escuela y extendería sus lecturas literarias, pero también asumiría su primera responsabilidad fuera del negocio paterno. Según una crónica anónima publicada en un diario alrededor de 1933 (y guardada por Filloy entre sus papeles), el “jovencito de renegrida melena leonina. Ancho de espaldas, con amplia frente ‘en arco de medio punto’, tímido, estudioso, lector incansable” asistía a la biblioteca con tanta regularidad que “vista su adhesión tímidamente exacta, lo eligieron bibliotecario *ad honorem* de la institución. Noche a noche, realizaba su parte de labor”.

Antes de asumir este puesto en septiembre de 1913, fue miembro de la Comisión Directiva como segundo vocal suplente, lo que señala su muy temprano ingreso a la vida institucional. Como bibliotecario inventarió las existencias y creó una biblioteca infantil. Desde 1914, ya como secretario, se encargó de labrar las actas con su esmerada letra de calígrafo.

También desde ese puesto impulsó la creación y ocupó la presidencia del primer club de ajedrez en su tipo de la provincia, del que también redactó el estatuto (y publicó en un artículo suyo para *La Voz del Interior*). El acto tuvo lugar en 1917, el día de su cumpleaños número 23, y entre los fundadores figura también su hermano Benito, que fue quien aportó “a precio de remate” las primeras tres mesas, en tanto Juan donaría “un hermoso juego de ajedrez completo, en estuche”, así como papelería “con timbre del Club y el clisé correspondiente”. Llegados a un número respetable de juegos de ajedrez y mesitas, lo próximo que adquirieron con el importe de las inscripciones fueron ceniceros, saliveras y una percha. Luego consiguieron que la Compañía tabacalera les donara cigarrillos, pero que decidieron venderlos y entregar el efectivo como premio del primer Torneo Anual Interno.

“Solamente en el Club Español se consiguió formar un Círculo en 1915, cuya vida efímera, de todo punto deplorable, malogró los entusiasmos de muchos aficionados”, relata el propio Filloy en su breve historia del ajedrez en Córdoba publicada en *El ajedrez en Argentina*, de José M. Pérez Mendoza (1920). En ese mismo apartado dice que siete de los ocho fundadores no conocían el juego, pero que con el tiempo lo fueron aprendiendo, como lo demuestra en su caso el relato de una partida “hilarante” de la que sólo puede reírse quien también esté capacitado para jugarla. Sin embargo, Filloy no participaba de los torneos ni jugó nunca al ajedrez con seriedad. Su interés radicaba en darle un marco formal al “juego-ciencia”, en tanto promotor de la vida cultural y social. Por eso su Club Vélez Sarsfield ofrecía clases gratuitas a los interesados y cobraba una cuota mínima, borrando “el viejo prejuicio que conceptuaba al ajedrez como un juego aristocrático”.

Los que tenemos la certidumbre de la saludable abstracción de dicho deporte y su alta función moral y de profilaxis social, al abstraer a los que lo practican de los halagos y transitorios goces deletéreos, no podemos sino felicitarnos por el progreso de estas instituciones que, aún en su modestia, juegan un rol patriótico eminente (*El ajedrez*, Pág. 123).

La biblioteca, cuyo nuevo estatuto redactó el ya abogado Dr. Filloy en 1919, estaba dirigida principalmente a niños, adolescentes y obreros, aspirando a ser un “foco de irradiación espiritual” del barrio. En sus salones no sólo se leía y estudiaba, también se daban cursos de todo tipo y hasta se había creado un comité de educación sexual, como se desprende de una solicitada de fines de 1919 “Pro edificio propio” firmada por Filloy en calidad de secretario del proyecto, amén de redactada y aun diagramada por él. En este escrito se insta a los vecinos a “la satisfacción del ineludible deber humano de cooperar al bien de sus semejantes” y se destaca la labor “eminente social que juega la Biblioteca, no sólo como complemento de la Escuela sino también como agente de profilaxis moral”. El membrete de esta solicitada, con un tintero, un libro desplegado y otros apilados, fue creado por Filloy y se sigue usando en las comunicaciones oficiales de la institución.

Terminada la colecta para adquirir un inmueble, Filloy dejó asentado lo que habían recaudado en efectivo, en terrenos y hasta con un cuadro que al parecer valía más que todo lo otro junto. El libro de actas respectivo está adornado con coloridos dibujos de su pluma y frases elegidas por él: “Liber Liberat”, “Todo cansa menos comprender”. Aunque no se consiguió el dinero suficiente, en enero de 1923 el edificio se escrituró por ley a nombre de la biblioteca, que aún hoy sigue estando en la misma esquina de Lima y Félix Frías, con sus viejas mesas de estudio hechas por la firma Petrei Hnos. y su hermoso entrepiso de madera. Es de las más completas y visitadas que nuclea la CONABIP.

Filloy no dejaría de oficiar de bibliotecario (siempre *ad honorem*, como cualquiera que trabaja en una Biblioteca Popular) por el término de once años, hasta marcharse a Río Cuarto en 1921. Allí fundaría la biblioteca del Club Atenas, además de ser presidente de la Biblioteca Popular Mariano Moreno y formar la suya propia, que al irse dispersaría por varias instituciones de la ciudad.

De los libros a la pelota

Antes de la comisión de ajedrez se creó en la biblioteca una subcomisión de fútbol, en la que no figura Juan pero sí su hermano Benito, con la idea de recaudar fondos organizando campeonatos. La cercanía de la institución con ese deporte provenía de que en sus salones se firmaron las actas de fundación de varios clubes, entre ellos el Club Atlético Talleres Central Córdoba, como se llamó en un principio. Existe el mito de que

Filloy estuvo entre sus socios fundadores, algo que él mismo abona en algunas entrevistas y aún en *Esto Fui*, primero, para luego aclarar que sólo “veía llegar puntualmente” a los directivos ingleses (*ef*, Pág. 110 y 188). Como no figura en las actas, hay que asumir que sólo fue testigo de las reuniones previas a la fundación en 1913, por frecuentar la biblioteca y por acompañar a sus amigos futbolistas. De uno de ellos, “Manolo” Martínez, primer goleador del club, sobrevivió la dedicatoria que le escribió al regalarle su libro *Periplo* (1931): “A Manolo Martínez, eximio footballer de otrora, en pago a la emoción de sus goals.” (Farías, III, Pág. 150). De otro, Ernesto Boglietti, Filloy hace una simpática semblanza en *Esto Fui* (“Con Ernesto, audaz, pícaro, desenvuelto, ensamblaba perfectamente mi timidez.”). El periodista Gustavo Farías de *La Voz del Interior* descubrió que Ernesto y su hermano Manuel Boglietti fueron luego los primeros jugadores argentinos que se desempeñaron como *footballers* en Europa (en la Juventus de Italia), y dio también con una carta que Filloy le mandó a su amigo al frente de batalla hacia finales de la primera Guerra Mundial. Adjunto le envió el artículo que había escrito, también para *La Voz*, contando el destino de estos oriundos de General Paz que se habían visto obligados a trocar el fútbol por “el macabro sport de la guerra”.

Filloy nunca jugó al fútbol, según él porque “era un patadura”, aunque en otro lugar dice que hacía de “*goalkeeper* en las rasposas canchas del Suquía” (*US*, Pág. 154). Lo que más le gustaba era mirarlo, y por medio de la biblioteca quedó vinculado a Talleres. Ungido como delegado del club, se encargó en 1914 de escribir la carta de explicación a la Federación de fútbol luego de que Talleres se retirara de la cancha cuando recién iban 15 minutos de su debut oficial contra Belgrano de Córdoba, en señal de protesta porque el primer gol del rival había sido en posición fuera de juego (Farías, I, Pág. 12). Al poco tiempo renunció a ese puesto, pero la relación con el club seguiría en pie. Filloy se menciona por ejemplo entre “los pioneros” que ayudaron a conseguir el *field* en el barrio Jardín en 1918.

Ya instalado en Río Cuarto, fue invitado a presidir la delegación que realizó la primera gira exterior del club (y de cualquier club cordobés). Fue por Chile, en 1923, y a modo de agradecimiento, Filloy confeccionó un álbum inmenso, de medio metro de largo, encuadernado en cuero y con un sello en metal donde se combinan las siglas C.A.T. al modo de un monograma. En esta espectacular pieza de museo se repasa toda la “jira” a través de las crónicas aparecidas en la prensa chilena, donde a Filloy lo presentan como un “distinguido deportista”. Entre las caricaturas con que Filloy iluminó esta serie de recortes destacan la de Ernesto Pieri con una canasta llena de goles (siete fueron casualmente los que metió en ese *match*) y la del “sapito” Salvatelli, por supuesto con forma de batracio. De las profusas guardas, no indignas de un manuscrito medieval, resalta lo que parece ser el precursor del escudo de Talleres,¹⁴ que habría

¹⁴ La tesis es del periodista Gustavo Farías, que fue también quien descubrió el libro en un armario polvoriento del club. Sin embargo, no se encontraba allí cuando fui a fotografiarlo sino en casa de Francisco “Paco” Cabasés, antiguo empleado del club que dice haber ocupado todos

trascendido de manera subrepticia, al igual que el membrete de la Biblioteca Vélez Sarsfield.¹⁵

Esta gira puso fin a su ciclo como dirigente de fútbol, pero siguió asistiendo a la cancha y luego pasó a mirarlo por televisión (en la que también miraba, por mucho que alegrara lo contrario, las noticias y algún que otro documental del Discovery Channel). Filloy no tiene relatos futbolísticos, pero dejó dos textos sobre el tema. El primero es un largo poema satírico sobre la creación del deporte publicado a principios de los años veinte en la revista deportiva *Mister Bull*¹⁶. En el estilo de las “Aleluyas” de Luis García en *Caras y Caretas*, se remonta aquí a cuando “Adán vestía de desnudo” (“El sport footballístico, señores, / Es tan antiguo como el mundo mismo / Pues tiene sus albores / Cuando Dios con patada formidable / Mandó al mundo a vagar por el abismo”) y llega finalmente al inventor de la pelota de cuero:

Fue un pobre diablo, que la urbe toda De Londres populosa conociera, Porque siempre lo viera
Encurdelado por el “whisky and soda” Su mujer, una arpía,
Queriéndole quitar la manía
Le daba puntapiés con tal fiereza
(Donde la espalda cambia su buen nombre) Que pronto al pobre hombre
Le vino a la cabeza
De vengarse los golpes de la esposa; Mas ¡no con ella!, que era más furiosa Que un sargento cosaco,
Sino con un balón que el muy bellaco Con cuero y gema hizo
En un instante de genial hechizo!!

El otro texto futbolero de Filloy, mucho más tardío, es una diatriba sobre el devenir comercial del deporte.¹⁷ Usando aún los viejos términos ingleses de cuando el deporte

los puestos en la institución “menos el de presidente” y que ha convertido el garage de su casa del Barrio Jardín, el de la cancha de Talleres, en una suerte de museo personal, también con recortes de diarios enmarcados. Según cuenta en su autobiografía *Lo que yo viví en Talleres* (escrita por Javier Flores), a fines de los años cuarenta el álbum estuvo a punto de perderse en una mudanza y él lo salvó. A mediados de los noventa visitó a Filloy, que le habló de lo sacrificada que había sido aquella gira y le pidió –siempre según Cabasés– que siguiera custodiando el álbum. Y así lo hizo este hombre casi centenario que de joven trabajaba de camionero transportando mercadería desde Rosario a Córdoba para abastecer, entre otros negocios, a Filloy & Hijos.

¹⁵ Mucho más tarde, en diciembre de 1933, un ex vecino del barrio General Paz, a la sazón secretario del “Córdoba Athletic Club”, aprovechó la fama de Filloy como “perito en el arte del dibujo y, sobre todo, en el de la heráldica” para pedirle “un escudo para distintivo del Athletic”, destinado a conmemorar su salida del puesto.

¹⁶ A mediados de los cuarenta le pidieron otro poema, en este caso para una planificada historia del fútbol de la provincia, y con la perspectiva de que se convirtiera “en el himno del deporte del fútbol cordobés”.

¹⁷ El pequeño ensayo salió en la revista *Pensamiento* y en el suplemento “Primer Plano” del diario porteño *Página/12* (1994). Finalmente, la editorial de la Universidad Nacional de Río

estaba en sus albores (*charge, stadium, sport*), Filloy cuenta aquí: “integrando muchedumbres argentinas he presenciado miles de partidos de fútbol”, pero que casi ninguno lo satisfizo estéticamente tanto como cierto relato de un match escrito por Jean Giraudoux, sobre todo desde que el deporte se ha vuelto tan defensivo. Como espectador hedonista más que hincha (aunque su corazón estaba con Talleres, pasión que le legó a su nieto Tomás) observó espeluznado que “nuestra patria se está convirtiendo en una colosal cancha de fútbol”, lugares que compara con las antiguas letrinas de forma ovoide donde el público asiste “sólo para desagotar sus intestinos mentales por el ano de la boca”. El surgimiento del “hincha” fanático le produce tanto recelo como el “negrerismo” de dirigentes que trafican jugadores por cifras absurdas. Nada más lejano de aquel dirigente amateur que viajó a Chile por el honor de representar al fútbol cordobés y sintiéndose embajador deportivo de nuestro su país.

Filloy el revolú

Filloy coronó sus estudios ingresando en 1914 a la carrera de abogacía de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, la más antigua del país y durante mucho tiempo también la única, motivo por el cual a la ciudad se la conoce desde entonces como “La docta”. No lo alentó a ingresar en esta carrera más que el afán de tener una profesión y escapar al destino comercial de sus hermanos. Durante el estudio, con asistencia impecable, siguió atendiendo el almacén, pero se pasaba la mayor parte del tiempo en la Universidad. Llegaba muy temprano, leía en su biblioteca “Mayor” los libros caros que no podía comprar y luego asistía a las clases, casi todas matutinas (reminiscencias ficcionalizadas de su vida universitaria aparecerían en el ya mencionado relato “Berenice Popham” de su libro *Mujeres*). Uno de sus grandes orgullos sería que la carrera entera le terminó costando “exactamente 620 pesos” (es decir poco más que los 500 que cobraría por mes a partir de 1922 como Defensor de pobres en Río Cuarto). Su padre se limitó a no impedirle que estudiara y, una vez que obtuvo su título en abril de 1919 (luego de dar libre, y aprobar con un “Suficiente”, la materia de Derecho Internacional Privado), le dijo simplemente: “Mejor para vos”.

En cuanto a la calidad del estudio, Filloy vuelve a no tener más que quejas. “La vida universitaria era sumamente restringida porque la Universidad estaba dirigida por un reducto de personas incompetentes de cuño clerical que hacían de la Universidad, no un instituto docente, sino un instituto de acomodamiento personal de sus dirigentes.” La currícula se hallaba completamente vinculada a la religión católica, por lo que se daba preferencia a los estudios teológicos por sobre los científicos. “Tal es así que se enseñaban el Derecho Canónico y el Derecho Eclesiástico, cosas aberrantes en pleno Siglo xx”. Para cambiar esta situación, los estudiantes empezaron a organizar protestas. De incentivo internacional sirvieron la primera guerra mundial, aún en curso, y la

Cuarto lo publicó en 2014 en formato de libro con el título *Diatriba contra el fútbol de hoy*. Parte de sus opiniones al respecto pueden leerse también en *La Potra* (1973) y *Sexamor* (1995).

revolución rusa de octubre de 1917. En el ámbito nacional, uno de los disparadores fue la supresión del internado en el Hospital de Clínicas de Córdoba, que dependía de la UNC y fue resistida por el Centro de Estudiantes de Medicina. En marzo de 1918, se dio inicio a una huelga estudiantil en reclamo de una modificación radical de los planes de estudio y de la estructura universitaria, a lo que el rector contestó clausurando la casa de estudios. Tras una intervención primero exitosa y luego fallida, nuevas protestas, esta vez violentas, una renovada clausura y otra intervención, finalmente los estudiantes consiguieron cambiar las autoridades y reformar los estatutos, sentando un importante precedente para el país y la región. En una entrevista del número de mayo-junio de 1968 de *Charlando*, una precaria revista editada por estudiantes del Instituto Superior de Ciencias de Río Cuarto (precursor de su Universidad Nacional, y en el que daba clases de literatura su hija), Filloy va más allá y afirma que “la Reforma fue el inicio de todos los demás movimientos estudiantiles que sacudieron al mundo. Incluso los de estos días (Francia y otros países europeos con sus hechos detonantes de hoy, se denuncian herederos).”

La participación de Filloy en estos sucesos volvió a ser testimonial, aunque más cercana. Si bien no figura entre los firmantes del “Manifiesto Liminar” de la Federación Universitaria Cordobesa, publicado luego de la fallida reforma del primer interventor, tampoco estuvo al margen de las revueltas.

Fui activista en el sentido actual de la palabra, e hicimos, por cierto, lo que debe suceder en toda revolución: depredaciones, actos un poco vandálicos... He actuado en todos lados y he recibido también mis buenos sablazos del Escuadrón de Seguridad de Córdoba [...]

En otro contexto dijo que “la rebelión fue muy linda y revuelta”, porque invadieron la rectoría y “se tiraron todos los retratos y los muebles a la calle. Daba gusto ver a los profesores, cómo corrían...” Los estudiantes también quisieron tumbar la estatua de Trejo en el patio central de la universidad, “pero por más que la enlazamos y tiramos como diez muchachos, no la pudimos desarraigar porque estaba abulonada”. Se conformaron entonces con derribar al día siguiente la de un doctor García Montaña frente a la plazuela de la Compañía de Jesús, esta vez provistos de un camión. “El día de la rebelión, el 15 de junio, estaba por arrancar con mi cortaplumas el retrato de Trejo y Sanabria del Salón de Actos. Saúl Alejandro Taborda, [que luego sería un importante pedagogo], me paró y me dijo: ‘Che, no seas bárbaro. Dejá ese fraile ahí’” (*ee*, Pág. 41). Aunque los líderes del movimiento eran amigos suyos, Filloy no estaba “en ese sector puesto que yo estaba estudiando todavía” (de hecho eran sus últimos años de carrera). Otra razón para no involucrarse a niveles más altos desliza en la ya citada entrevista con *Charlando*: “Como era el hijo de un almacenero tuve que cuidarme un poco”.

En lo que sí dice haber sido un líder de la reforma fue en el aspecto panfletario. Con un compañero rosarino hacían sonetos y caricaturas “de los profesores caducos,

mal informados que existían en la universidad”. A su pluma se debe según él lo que terminó siendo el principal poema de la gesta. Plasmado en el formato al que luego le rendiría culto toda su vida, se encuentra transcrito en el apéndice histórico del único libro que editó de sonetos:

Madriguera de curas sin sotanas don pasean sus ínfulas de sabios petulantes que ladran los resabios de antiguas leyes y doctrinas vanas.

Sobre la ciencia y la verdad profanas vomitan impotentes sus agravios, porque nunca dirán sus viles labios más que dogmas y prédicas malsanas.

Mas, cuando penetre luz de idea y descubra esa turba farisea

en las rancias morales que respira,

la jornada triunfal no estará lejos pues rodará la creación de Trejo con todo su armatoste de mentira.

Entre los dirigentes que Filloy contaba como amigos se halla Deodoro Roca, de quien destaca su vocación cívica, su facilidad de palabra, su “lúcida inteligencia y una humildad mayor”. Frecuentó el subsuelo de su casa en la calle Rivera Indarte 544, el célebre “sótano de Deodoro” que fungía de centro de reuniones para la juventud progresista de la época, y luego quedó en contacto epistolar por el resto de su vida (incluso lo visitó poco antes de morir). El cariño y la admiración que le profesaba Roca se hace evidente en sus cartas, como esta de 1935, al recibir *Op Oloop*:

Mi querido y admirado amigo... es usted de los rarísimos escritores –más aún en este país– que provocan con cada libro, antes de empezar a leerlos, esta emoción que ahora siento, al tomarlo, de promesa cierta, de disfrute seguro, de dilatado goce espiritual, que su sola presencia lo anticipa. Ud., Raúl González Tuñón y algún otro pertenecen a esa rara especie de escritores cuya llegada esperamos, seguros de que vienen cargados de nuevo y rico botín. Ya hablaremos después. Tengo necesidad de decir cómo y por qué, desde hace tiempo, le tengo, sin hipérbole, por el “primer hombre de letras” de la Argentina.

Deodoro Roca fundó más tarde el Comité pro-exiliados y presos políticos y sociales de América (Filloy recibió la carta con los “bonos solidarios” para ayudar a su financiación) y también *Flecha*, “periódico político de izquierda, órgano del comité pro-paz y libertad de América”, en algunos de cuyos números Filloy publicó relatos de viaje (y a la que también ayudó pecuniariamente). Antes había participado del cuestionario que les hizo Roca a varios actores de la reforma del ‘18 al cumplirse 18 años de la misma:

La “Reforma Universitaria” fue un magnífico geiser de entusiasmo, un estupendo borbollón de palabras. Pero el agua se fue entre las manos. Y no quedó la suficiente para cocinar un par de huevos –responde a la primera pregunta sobre lo que fue la reforma, y agrega para la segunda, sobre lo que no alcanzó o pudo ser– La reforma no ha alcanzado otra cosa que la virtualidad de su fracaso. Basta leer los libros de actas de

las tres Facultades para constatar la sistemática masacre de sus ideales. La Universidad sigue siendo una ruina colonial...

La dutriv

También contra la iglesia y sus falsas virtuosas apunta la primera novela que escribió Filloy, fechada el 1 de agosto de 1919, su cumpleaños número 25, con el título *Los premios de la virtud*: En una ciudad de Argentina, de cuyo nombre ni quiero acordarme, vive actualmente doña Esther González de Aguilar, señora de ilustre prosapia, “de mucho dinero y poca vergüenza”.

La ciudad de la que ni quiere acordarse este Cervantes vernáculo es naturalmente Córdoba, tan católica que su diario principal se llama *La voz de Dios*. La protagonista, además de la mencionada Esther, infame presidenta de la Sociedad de Beneficencia, es su no reconocida hija Evangelina, entre otras mujeres; los hombres, con su hijo Carlos a la cabeza, cumplen un rol más bien secundario. De corte netamente realista, aunque ya mechando lunfardos y con citas eruditas, el joven Filloy construye aquí un dramón de crítica social y moral en torno a una relación incestuosa, con la tesis básica de que “el bien en las capas sociales es como el oxígeno en la atmósfera, que más se rarifica cuanto más se asciende” (Pág. 116).

Esta primera novela de Filloy, de unas 150 páginas, fue sabiamente salvada del deseo de publicación y no aparece ni en las listas de novelas inéditas que acostumbraba adosarle a sus libros. Según su hija, su padre repetía que los primeros esbozos había que dejarlos en el cajón. Así lo hizo, aunque no sin los debidos honores. Además del borrador que donó al Archivo Histórico Municipal de Río Cuarto, dejó en su casa una copia en limpio, manuscrita también, con varios cambios en el texto, empezando por el título. En la carátula de este cuaderno, el título original se encuentra tapado por un recorte de papel sobre el que figura en marcador rojo “La dutriv...”.

La aversión de Filloy por el catolicismo era previa, según se desprende de una escena que incluyó en su novela inédita *Zodiaco* (y dio a conocer también en una de las anónimas “Anécdotas del día” que publicaría en los años 60 en *El Pueblo*):

...no quiero saber nada con los frailes. Me atascan. Conservo desde chico una aversión profunda hacia ellos. Ningún sacerdote, ninguna liturgia, han logrado borrarla. Esa aversión nació aquí viendo la procesión de San Roque. El cura Ferreyra –vos lo conociste– llevaba el guión y avanzaba por el centro de la calzada, entonces de adoquines de piedra. En esa circunstancia, divisó un perrito distraído en su derecha. Y olvidándose de la mansuetud de su rol apostólico, midió los pasos y le encajó tal patada que su quejido todavía repercute en mí. Esa actitud infame, simoníaca, me cohíbe aún. No quiero saber nada con frailes.

¿Tampoco en su casa querían saber nada con la religión. En una nota manuscrita que dejó entre sus papeles con la indicación de ser agregada a *Esto Fui*, apunta que “jamás hubo en casa devoción o santo alguno, ni imágenes de santos y de vírgenes” y que sus

padres “se decían católicos, pero no recuerdo nunca que asistieran a misa y procesiones”. En el libro mismo (donde olvidó consignar su nombre de bautismo) ya había asentado que la madre dejó de ir a la iglesia porque las otras feligresas se burlaban de que rezara en francés, mientras que el padre los mandaba a rezar, pero sin predicar con el ejemplo. Si asistió muchas veces “al adoctrinamiento que los Padres Salesianos infligían dominicalmente” era porque en el patio se jugaba al fútbol y se daban obritas de teatro (en alguna de las cuales actuó al parecer como comparsa). Si iglesia “significa *asamblea*” y religión “*unir espiritualmente*”, su iglesia y religión era su pandilla, dice Filloy. Al único religioso que salva en sus recuerdos de infancia es al pastor protestante Lisandro Mónaco y a las congregaciones del Ejército de Salvación (que aparecerán mucho después en su novela *Decio 8A*), por cantar sus himnos “en nuestro idioma”.

Más tarde se casaría con Paulina Warshawsky, una judía tan poco practicante como él, y hasta el fin de sus días se mantendría fiel a sus únicos ídolos: “Criado en la escuela del estoicismo, desde que tuve discernimiento, los únicos dioses de mi devoción fueron mis padres”. Todo lo cual no significa que careciera de religiosidad, entendida del modo que explica en un texto de *Ironiké* con el título “Yo cátaro, occitano”:

Soy argentino, demasiado argentino, en especial para tantos que manquean la generosidad de serlo. Pero, como Juan de madre gascona, no soy “occidental y cristiano”, según la fórmula de clisé, sino algo más responsable: cristófilo y occitano, vale decir un cátaro del Languedoc trasplantado en la pampa seca.

Según se sabe, la herejía cátara, que anegó desde el Loire abajo todo el sur de Francia, prescindió radicalmente de chicherías y liturgias eclesiales basándose y guiándose exclusivamente en el Evangelio de San Juan, único genuino y veraz, pensado con trasfondo de ternura y escrito con fervor. De ahí que sus adeptos se llamaran Tsan: Juan o Juana.

Tres tíos Juanes –Juan María, Juan Bernard, Juan Guillaume–; mama, cuyo nombre Dominique significa consagrada al señor; y una hermana Catherine, lógicamente categorizan que yo sea un Juan de inequívoca filogenia cátara.

Por eso, el trasplante continental que impuso mi madre instalándose en estas playas, es una herencia que respeto; ya que, al ser ella fiel a sus ancestros, también yo debo serlo a la fe que me vino por su sangre.

Francamente, me siento cómodo compartiendo sus creencias primarias, sin sofisterías teológicas ni dependencias vicarias de nadie. Adicto como ella a los principios arrianos del bien y del mal y a su comportamiento maniqueo imbuido de pureza, ambas columnas morales me bastan para sostener mis capiteles éticos.

En sus columnas para el diario *El Pueblo*, Filloy no dejaría de atacar abiertamente a la Iglesia cada vez que alguna noticia curiosa le diera la oportunidad. Así lo haría en febrero de 1924, por una serie de robos a iglesias en los que, pese al “repertorio de rogativas *pro choros captivarum*” de los sacerdotes, “las joyas que halagaban las coqueterías de la virgen” seguían sin aparecer: el futuro juez Filloy absuelve allí a los

ladrones alegando que sus robos “han manifestado todo el fervor de su corazón y toda la valentía de su fe”. En septiembre de ese mismo año, cuando se incendió la catedral de Santiago de Chile, lamentó “que muchos santos hayan sufrido un nuevo y prosaico martirologio: el de ser quemados al spiedo, tan sólo por la inepticia divina de sus divinos guardianes”, los fieles. Y en octubre aprovechó el día de San Francisco para resaltar su figura humilde y alegre, “fragancia que tal vez la dignidad moderna de la Iglesia no puede aceptar sin algún temor”.

Pero esto ya corresponde a la próxima etapa de la vida de Filloy, la más larga y determinante, en la ciudad de Río Cuarto.